

HOJEANDO/ZAPEANDO

*En la muerte
de Antonio
Fontán*

VÍCTOR DE LA SERNA

Se nos murió **Antonio Fontán**: ya lo han leído en EL MUNDO. Se ha escrito mucho sobre él estos días, pero con un currículo tan espectacular –latinista de clase mundial, catedrático, ministro, presidente del Senado...– a uno le parece que quizá hayan quedado un tanto en sordina las tres facetas por las que algunos viejos amigos y admiradores lo vamos a recordar más: periodista, liberal y persona. No necesariamente por ese orden, pero valga.

Ya lo intuía hace casi 20 años **Antonio Burgos** en *Diario 16*, cuando advertía de que Fontán «corre el riesgo de quedar para la Historia sólo como un catedrático del Opus y encima de derechas, ay, Dios».

Bueno, como eso y más cosas. Así, el obituario de *El País* resaltaba que había sido «miembro del consejo de administración de la cadena Ser», que está sin duda muy bien –su hermano **Eugenio** fue brillante director de la cadena en aquella etapa, tan añorada, anterior a su venta al Grupo Prisa–, pero sin duda no es lo más memorable. Por otra parte, y llevado de un comprensible entusiasmo, el escritor **Ramón Irigoyen**, también en *El País*, lo definía como «fundador» del diario *Madrid*. Caramba, dirá desde su tumba don **Juan Pujol**, el verdadero fundador del entrañable diario vespertino (cuando Fontán tenía 16 años, en 1939)... Claro que Irigoyen luego se declara «incombustible al desaliento», lo cual sin duda es muchísimo más que un vulgar «inasequible al desaliento», así que sin duda no le importará el ligero desliz histórico.

Bromas aparte –el sentido del humor de Fontán era estupendo, por cierto–, lo que hoy recordamos es su cortesía exquisita, su liberalismo real y radical –en el que jamás dejó que sus convicciones religiosas interfirieran, cosa notable por lo poco habitual en España– y su enorme tarea de dignificación del periodismo independiente y libre, pese a las trabas de la dictadura franquista, que acabó cerrando su *Madrid* y luego, simbólicamente, dinamitando su edificio. También, claro, su respaldo a los colegas que impulsaban, antes y después de la muerte de **Franco**, el establecimiento de una verdadera libertad de prensa en España como la condición previa inexcusable de un régimen democrático.

Antonio estaba ya en la directiva del Instituto Internacional de Prensa (IPI) en 1975, cuando la principal organización defensora de la libertad de prensa miraba con profundo recelo el panorama español al final de cuatro decenios de régimen autoritario. Él fue quien fue presentando uno a uno al director del IPI a quienes intentaban el cambio periodístico en España, el que los hizo admitir en los foros mundiales y el que obtuvo para ellos un respaldo internacional decisivo, que nunca agradeceremos lo suficiente.